



me lastima... hasta que se relaja y se duerme plácido en mis brazos. También me duermo yo, pero no sin antes cuestionarme el instinto maternal que me inunda al verlo en ese estado.

Me despierto a las diez de la mañana. Telefono desesperada a mi trabajo y pido licencia por familiar enfermo

- *¿Otra vez tu esposo...?* - me dice la Jefa de Personal en una forma sutilmente amenazante...

Trago saliva y respondo afirmativamente. Tengo miedo de que me despidan por acumulación de faltas. Y siempre por la misma causa...

A la una de la tarde se despierta deprimido y agresivo. Le tiembla todo el cuerpo y con dificultad llega hasta el comedor. Está con náuseas y lo sacuden violentos episodios de tos. Regurgita una saliva viscosa como la clara del huevo; otras veces, algo amarillento como hiel.



Escondí todas las botellas para que no se tiente. El no pregunta. Espera que me retire al baño y cuando regreso, está cambiado, más tranquilo, apaciguado... Una petaca que yo desconocía cabalga en sus rodillas. La levanta y me dice alegremente:

- *Estoy brindando porque por fin me decidí a dejar de beber... y eso sí que se merecía un brindis ¿no?*

No le respondo ni me enojo. Permanece en silencio mientras dibuja en pocos minutos un espléndido centauro raptando a una princesa desnuda, que me deja muda del asombro... Cumple con el encargo de un publicista que le da a cambio unas monedas... que solo usará para beber.

Mira el reloj *Cu-Cú* - recuerdo suizo de mi abuela - colgado en la pared y dice:

- *Hay un flaco que compra antigüedades y por esto ofrece unos cien pesos... Con esa plata voy a poder buscar trabajo, mamita...*
- *Tus deudas de juego págalas con tu trabajo. Ni se te ocurra tocarme ese reloj.* - le respondo secamente.

Refunfuña por lo bajo, pero no puedo permitirle que disminuya tanto su sentido de lo ético. Su irresponsabilidad, despreocupación e indiferencia respecto a la familia, son cada vez mayores.

Protesta por su falta de autoridad en la casa y el desprecio del que es objeto, especialmente por sus hijos...

- *¿A dónde mierda estabas ayer a las siete de la tarde, después que saliste del trabajo, reverenda puta...?*- me grita enfurecido con sus facciones desencajadas.

No soporto sus celos y salgo a caminar. Me ruega e implora que no lo deje solo... pero me voy. Desde hace seis meses, su impotencia sexual irremediable, le exacerbó sus celos...

Cuando regreso, bien de noche, hay una larga lista de clientes que le pasaron de la agencia de remises, para realizar viajes programados en el día de mañana. Me alegro y me enternezco. Lo busco y felicito. Por fin algo más sólido que las palabras huecas...

Al otro día, al volver de mi trabajo por la tarde, el teléfono de casa no para de llamar. Es el dueño de la agencia de remises. Quiere saber por qué Aníbal no cumplió siquiera con un viaje...

Aníbal me responde que no recuerda haber acordado nada con nadie... Le muestro la lista de clientes con su letra, y me mira sorprendido...